

Aguas aéreas Desde Ellis Island

David Huerta

A lo largo de los años, dos obras con el título de *Ellis Island*, un libro y una cinta cinematográfica, me han llamado poderosamente la atención. El libro —concebido en un principio como guión para un documental de televisión— es de Georges Perec y fue la primera señal apuntada en dirección de la Bahía de Nueva York, donde se localiza la isla Ellis; la película, obra de Meredith Monk, por su parte, está lejos de ser una cinta común y corriente, esmaltada, como está, por coreografías beckettianas.

A primera vista, Perec y Monk son personalidades completamente diferentes o divergentes; pero las acerca, como se puede ver, el interés por esa isla con una historia tan densa, tan significativa y, por muchas razones, tan conmovedora.

Ellis Island es el legendario islote de los inmigrantes, llegados a territorios americanos en medio de penurias difíciles de imaginar, en travesías por barco asediadas por incontables incomodidades, marcadas por el hacinamiento y las enfermedades. Un poeta de las Antillas, el santalucí Derek Walcott, ha contado en verso, en poemas poderosos, el otro viaje: la infernal travesía de sus ancestros, desde África, hasta las minas y los campos agrícolas de América.

Ellis Island era el punto de arribo a América de los europeos y asiáticos llegados a través del Océano Atlántico, en los años finales del siglo XIX e inaugurales del XX. Ahí operaban a todo vapor las oficinas de migración del gobierno de los Estados Unidos para recibir, examinar, auscultar, aceptar o rechazar a los viajeros. Hubo ahí trabajos intensos desde la última década del XIX hasta los años sesenta del siglo pasado; luego, las oficinas fueron cerradas, como si el flujo de inmigrantes se detuviera, no sé si gradualmente o de modo abrupto. Ellis Island quedó como

un emblema o símbolo de los orígenes del Nueva York moderno, “capital del siglo XX”, como pudo decir Walter Benjamin, descendiente de la capital del siglo XIX: París.

La isla Ellis forma parte, oficialmente, de Nueva Jersey. Está apenas a unos cuantos metros de la Estatua de la Libertad. En el pedestal de ésta, puede leerse un soneto de Emma Lazarus acerca de los inmigrantes y acerca de muchas otras cosas: los ideales de la nación cuyas puertas se abrían en ese lugar, precisamente, para muchedumbres seducidas por el “sueño americano”. Esa poeta, de origen judío-sefardita, quiso expresar en su poema la aspiración multicultural del “país más viejo del mundo” (Gertrude Stein), su disposición a levantar una nación heredera de un haz multicolor de civilizaciones.

El poema de Emma Lazarus se titula “The New Colossus”, alusivo al mismo tiempo a la enorme estatua en cuya base puede leerse y al país con esa sedicente política “de puertas abiertas”. La generosidad real o aparente de semejante política debe matizarse con la oportunidad capitalista de contar con mano de obra barata, ofrecida con abundancia por la inmigración. Esa muchedumbre de ilusionados —pobres de solemidad, seguramente atemorizados por un futuro incierto— estaba a la vez desplegada y concentrada dentro de los límites de Ellis Island. Es la Libertad estatuaria quien habla sobre ellos en esos versos, trascripto de la “casa de los valientes, tierra de los libres”.

La estatua neoyorquina no es como el Coloso de Rodas, escribe Emma Lazarus; no es un gigante de “fama griega”: es una mujer, Madre de los Exiliados, portadora de una antorcha, “relámpago aprisionado”. Se levanta orgullosamente en las “puertas

crepusculares” de la gran nación y su luz ígnea, empuñada con firmeza, les da la bienvenida a los llegados del Viejo Mundo. Su mirada es benevolente y se dirige en silencio, con una exclamación que nadie y todos escuchan, a las tierras de Europa:

*“Keep, ancient lands, your storied pomp!”
[cries she
With silent lips...]*

“¡Guardaos, antiguas tierras, vuestra
[pompa legendaria]”,
exclama ella con labios silenciosos...

Ante la imagen de la Estatua de la Libertad, uno, libresco como es, no puede no recordar el error de Franz Kafka en *América*; aquí transcribo el pasaje de la novela:

Cuando, a los dieciséis años, el joven Karl Rossman entró en el puerto de New York sobre el barco, ya más lento, la Estatua de la Libertad, a la que observaba desde hacía rato, se le apareció en un sobresalto de luz. Fue como si el brazo que blandía la espada se hubiera elevado instantáneamente, y el aire libre soplara alrededor de ese gran cuerpo.

El error salta a la vista cuando leemos esa frase: “el brazo que blandía la espada”. No es así: la Estatua de la Libertad empuña una antorcha, no una espada. Debemos poner este error kafkiano junto al célebre error del soneto de John Keats compuesto después de leer el Homero de Chapman: donde leemos “Cortés” debemos leer “Balboa”. El poeta confundió a los conquistadores-descubridores y puso a Hernán Cortés (*Cortez*) ante el Pacífico, mirando con “ojos de águila”, desde un “pico del Darién”, las inmensidades oceánicas.



Inmigrantes en un control para detectar posibles enfermedades, Ellis Island, ca. 1900

Los versos más famosos de “The New Colossus”, los más citados, y hasta motivo de burla sangrienta —como algún comentario, muy ingenioso y cruel, del comediante Jerry Seinfeld—, son los siguientes (utilizo en la cita la recreación de Georges Perec, quien ha deshecho la andadura del pentámetro para hacerlo, digamos, verso moderno):

dadme a los que están cansados,
a los que son pobres,
vuestras masas sedientas de aire puro,
los desperdicios miserables de vuestras
tierras superpobladas
enviadme
a esos apátridas
sacudidos por la tormenta
elevo mi antorcha
cerca de la Puerta de Oro

Mucho se ha escrito sobre ese lugar y también hay pasajes de varias películas con Ellis Island como escenario. Las páginas iniciales de *Call It Sleep* (1934), novela de Henry Roth, son una recreación imborrable de lo sucedido en el islote en 1907; a Roth le interesaba ese año en especial pues fue el de la mayor cantidad de solicitudes de ingreso en busca del *American Dream*. En la cultura popular, son inolvidables las escenas en Ellis Island en la segunda parte de *The Godfather*, la película de Francis Ford Coppola. Ahí aparece el niño Vito Andolini interrogado por las autoridades migratorias sobre su nombre; el infante, aturdido, no entiende la pregunta del funcionario de Migración y responde con el nombre de su pueblo siciliano: desde entonces será Vito *Corleone*, rebautizado para las generaciones por un funcionario de la isla Ellis.

Georges Perec (1936-1982) fue un genio literario obsesionado por los órdenes verbales buscados voluntariamente o extraídos del remolino del azar; ello, a pesar de su primera novela, a la cual le debió una efímera fama de escritor “sociológico”: lo suyo iba por otras vías —el Taller de Literatura Potencial, por ejemplo. La no menos genial Meredith Monk (1942) —ahora de casi setenta años, como puede verse— fue una de las artistas de vanguardia más originales de los años setenta y ochenta en la escena neoyorquina, cercana, por buenas razones, a John Cage, a Steve Reich y a pintores de otra generación, como el recientemente fallecido Cy Twombly. Tuve hace años —y los perdí en mala hora— algunos discos de Meredith Monk, para mí verdaderamente fascinantes e inspiradores: *Dolmen Music*, *Songs from the Hills*.

Mi admiración por el escritor polimorfo se asemeja a mi admiración por la artista multidimensional —bailarina, cantante, coreógrafa, cinematografista—: ambos parecen arriesgarlo todo en cada tirada artística, en cada página de libro, en cada vocalización extraterrestre, en cada evolución del grupo de bailarines sobre el escenario, en cada historia, en cada formulación verbal. La extrema condensación lingüística y las simetrías del arte literario de Perec no parecen tener relación alguna con las vaporosas y afiladas cantigas de Meredith Monk, largos y, a veces, convulsivos conciertos vocales donde es imposible discernir o reconocer una sola palabra: la música salida de esas bocas cantantes no es “discursiva” sino proyectiva, rizomática, al margen de las prosodias o eufonías canónicas.

Georges Perec sintetizó su experiencia en la isla Ellis con sus inquisiciones sobre

“lo errante, lo disperso, la diáspora”. Apuntaba con lucidez: “Ellis Island es para mí el lugar mismo del exilio, es decir, el lugar de la ausencia de lugar, el no-lugar, el ninguna parte”. Un lugar de tránsito y de entrada pero asimismo de exclusión y “selección artificial”, sin la menor duda.

En 1992, el escritor mexicano Carlos Chimal y el biólogo y paleontólogo norteamericano Stephen Jay Gould conversaron en el museo de la isla Ellis. Sobre ese encuentro puede leerse una evocación en las páginas iniciales de *Armonía y saber*, uno de los libros de Chimal sobre la ciencia moderna, de la cual se ha convertido él en una especie de inspirado reportero —o investigador, memorialista y retratista.

Solamente una vez estuve en Ellis Island, hace más de veinte años. Ya se había convertido en un museo dedicado a los cientos de miles de inmigrantes. El edificio había sido restaurado y acondicionado para presentar, a la curiosidad de los visitantes, documentos, objetos e imágenes extraordinariamente interesantes sobre su historia, mezclada de forma tan orgánica con la historia de los Estados Unidos en su conjunto —y no nada más con lo ocurrido en la costa noratlántica de ese país a raíz de la llegada de tantos cientos de miles de personas de otros países, lenguas y culturas. El lugar era emocionante y para los más directamente interesados —un par de mis acompañantes, por ejemplo— hasta *conmocionante*.

El museo fue dedicado a los hombres y mujeres comunes y corrientes de tantos países; sin ellos, la enorme ciudad *no sería*, categóricamente: ellos la construyeron, ellos, *literalmente*, la hicieron con sus propias manos y con el imponente esfuerzo físico exigido por sus construcciones de piedra, acero y cristal.

Sospecho lo siguiente: la iniciativa de convertir Ellis Island en un centro de ese tipo, un museo de la inmigración heroica, con una exposición de esas características —homenaje a las “masas sedientas de aire puro”—, debió surgir en las filas de la izquierda neoyorquina, *lobby* con alguna influencia, me parece, en las decisiones metropolitanas concernientes a la metrópoli y, en ese caso, a la Bahía de Nueva York. **U**